

LECTIO DIVINA

“Jesús fue llevado al desierto para ser tentado” I Domingo de Cuaresma Mateo 4,1-11

Lectura

Luego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para que el diablo le pusiera a prueba. Pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer, y después sintió hambre. Se acercó el diablo a Jesús para ponerle a prueba, y le dijo: “Si de veras eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en panes”. Pero Jesús le contestó: La Escritura dice: ‘No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que salga de la boca de Dios.’

Luego el diablo lo llevó a la santa ciudad de Jerusalén, lo subió al alero del templo y le dijo: “Si de veras eres Hijo de Dios, échate abajo, porque la Escritura dice: ‘Dios mandará a sus ángeles que te cuiden.

Te levantarán con sus manos para que no tropieces con ninguna piedra.’ Jesús le contestó: También dice la Escritura: ‘No pongas a prueba al Señor tu Dios.’

Finalmente el diablo le llevó a un monte muy alto, y mostrándole todos los países del mundo y su grandeza, le dijo:

–“Yo te daré todo esto, si te arrodillas y me adoras”.

Jesús le contestó: “Vete, Satanás, porque la Escritura dice: ‘Adora al Señor tu Dios y sírvele solo a él.’

Entonces el diablo se apartó, y unos ángeles acudieron a servirle.

Meditación

Para la meditación de este fragmento, nos fijaremos ante todo *en su contexto*, y después, haremos *un par de subrayados* sobre dos expresiones de las más significativas.

He aquí *el contexto*. Mateo (como también Marcos) inicia el relato de la vida pública de Jesús narrando la preparación del Maestro a su ministerio. Este relato comprende la predicación del Bautista, el bautismo y las tentaciones en el desierto.

Más tarde, después del arresto del Bautista, Jesús empieza su ministerio con palabras y obras. Anuncia el Reino de Dios y llama a los primeros discípulos, para que le sigan.

Precisamente, sobre esta segunda vertiente, la del discípulo, orientaremos nuestra meditación, limitándonos a *dos subrayados* sobre el camino del discípulo.

Lo que Mateo dice de Jesús, de hecho, está dicho para el discípulo.

a) El primer subrayado se refiere a los cuarenta días en el desierto.

Jesús, para iniciar su itinerario público, tiene necesidad de un tiempo de ayuno y de oración. El número cuarenta, como sabemos, es un símbolo que alude a un tiempo de purificación, al camino de desenlace que marca la subida al monte de Dios y al misterioso encuentro con él. En el horizonte se recorta la ciudad de Jerusalén: la hora de la tentación en el huerto, los acontecimientos de la traición y del arresto.

También el discípulo, como el Maestro, para subir a Jerusalén necesita el ayuno y la oración.

b) La segunda palabra subrayada – que desarrollaremos más ampliamente – se refiere a la *tentación*. Jesús es tentado, y también su discípulo es tentado.

Hay que tener presente que la tentación, en sentido bíblico de la palabra (*peirasmós*), no es simplemente el impulso inmediato a hacer algo malo. Es mucho más que eso. Es la tentación de dar marcha atrás, de no responder al proyecto que Dios tiene sobre cada uno de nosotros; de retirarnos del compromiso que la Iglesia, la sociedad, el mundo nos piden. Es la tentación de hacer como el avestruz, de esconder la cabeza bajo el ala.

Existe una relación muy estrecha entre el camino del discípulo y el desierto de la prueba. El rostro misterioso de Dios, su luz y su ardor han expresado desde siempre una atracción y un deseo para el creyente. Pensemos en el episodio del antiguo testamento de la zarza ardiente y de Moisés, que quiere conocer al Dios que le manda; pensemos en los tiempos de la Iglesia, y de Agustín, que confesaba con palabras ardorosas la inquietud de su propio corazón y su anhelo por conocer a Dios: «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti» (*Confesiones*, 1,1).

La misma fe genera en el discípulo una sed inextinguible de Dios. Pero precisamente esta pasión por Dios se purifica continuamente. A Elías, que le demostraba su “ardiente pasión” por él, Dios mismo le ordena que salga al descubierto, que salga del escondrijo de su caverna, y repite la pregunta del discernimiento: “¿Qué haces aquí, Elías?” (1 Re 19,9).

Lo repetimos una vez más. Hay una relación muy estrecha entre la fe que crece y el desierto y la tentación, que maduran y robustecen la misma fe: y aquí por desierto entiendo decir – como es propio de la tradición bíblica y patristica - el lugar en que el hombre está él *solo*, sin soportes o superestructuras engañosos; el lugar de la lucha contra el maligno y contra las tentaciones, pero también el lugar de su encuentro con el Señor.

En el libro del Deuteronomio, en particular, el desierto es el ambiente de la acción pedagógica de Dios en los enfrentamientos con su pueblo. En el desierto Israel crece y madura en su fe, hasta el punto de aprender, según la palabra del Deuteronomio 8,3, «que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor».

Bajo esta luz, el desierto, las tentaciones del discípulo – las mismas dudas de la fe; las tentaciones del egoísmo, del orgullo y del placer; el instinto del acaparamiento de las personas y de las cosas: como quiera que se las interprete, las tres tentaciones de Jesús no son otra cosa que una limitada tipología de todas las tentaciones posibles – enumeradas no según la fatalidad, sino según la providencia.

Hay una misteriosa interacción entre el camino del discípulo y la tentación, a la que él se encuentra continuamente expuesto. Por eso el desierto de la tentación es un tiempo fuerte de la pedagogía de Dios. Quien camina en la fe debe saber que también la prueba es escuela de Dios y de su Espíritu; y que sin esta escuela la fe corre el riesgo de transformarse en la pretensión de capturar a Dios y de reducirlo a los mezquinos esquemas de las expectativas humanas.

Para la oración y para la vida

“No me dejes caer en la tentación”, así deberíamos orar con fe, recitando la oración de Jesús en el Padre Nuestro. No pidamos que nos *libre* de la tentación y de la duda (ni siquiera Jesús, María y los santos se vieron *libres* de ello), sino que nos sostenga con su gracia en el momento de la prueba.

En fin, preguntémonos con valor: ¿cultivo en mí el espíritu de discernimiento para una respuesta más generosa al Señor, o soy fácil en conceder espacios a la duda paralizante, que tal vez es la coartada para el compromiso espiritual? “¿Verdaderamente eres tú, Señor?»: mi pregunta sobre Dios ¿es un anhelo de encontrarme con él o de desconfianza en él? «Yo, ¿cómo lo haré?»: la pregunta sobre mí mismo ¿es un examen realista de la situación en que me encuentro al actuar, o de desconfianza en mí mismo y en Dios? «¿Y los demás?»: Mi pregunta sobre el prójimo ¿es concreción y confrontación con los destinatarios de la misión, o más bien un juicio culpable sobre su capacidad de conversión?

+ *Enrico dal Covolo*